

ANUNCIA

desea
a sus
lectores,
anunciantes
y
amigos
unas
felices
Pascuas
de
Navidad
y
Próspero
Año
1958

EL HOMBRE NUEVO

* El desencanto de los hombres viejos no era para descrito. Llegaba, simplemente un niño, inerme, en cuya cabeza parecía vislumbrarse ya una como aureola martirial. Iba a ser signo de contradicción, porque había venido a traer la guerra. Pero él era la paz, una paz que mereceríamos sólo con la pugna entre los dos hombres que llevamos dentro: el hombre viejo y el nuevo, que nos trajo el Niño.

* Ese hombre nuevo es el que mete bulla y acosa al antiguo durante toda nuestra vida terrenal. En concluyéndose ésta ocurre siempre que el hombre viejo ve que el otro llevaba razón, pero a lo mejor ya no le da tiempo a rendírsele.

* De hecho, hay un momento en la vida en que nos damos cuenta cabal de nuestra pelea íntima. La Voz de Dios resuena entonces muy adentro, y sentimos el escozor de una úlcera. Ahí dentro tengo yo entablada una pelea: tanto si doy la victoria al nuevo como al viejo hombre, la lucha no cesará: no tengo más remedio que apechugar con ella.

* Si Dios, Poder supremo, hubiese extendido la mano y pacificado para siempre el mundo, holgaba la Pasión; hasta la Natividad holgaba. Pero la Natividad es la puerta de entrada de la Redención. A partir de Navidad Cristo avanza, se abre paso hacia nuestro corazón, y en las semanas que van de Belén al Gólgota revive sus treinta y tres años.

* Hay, pues, un momento en la vida de cada hombre en que descubre a Cristo: así, sencillamente. El hombre está sentado, en su desierto, y Cristo pasa. Le invita a dejarlo todo y seguirle. Ya es bastante, para empezar. El hecho es que la Voz se oye. De eso a que se escuche no va más que un paso. Es el paso que cuesta de dar.

Porque nuestra contumacia en lo que a Dios desagradea es risible, y estúpida toda la teoría de menudos egoísmos que levantamos como un biombo entre la Divinidad y nuestra mortalidad.

Dios, empero, es paciente. Sigue esperando, musitando en todo lugar su cancioncilla eterna. Espera amor, un movimiento de nuestro libre arbitrio. La Gracia pende sobre nosotros en cualquier instante, mas nosotros no acabamos de dar el paso. Nos faltan ojos para ver, oídos para oír y corazón para derramarnos.

* He aquí, con todo, que en el orden temporal, histórico, la paciencia de Dios se ha visto justificada, según el patrón humano: cada día son más los conversos, y muy especialmente aquellos que de derecho estaban ya incursos en la gran familia cristiana. Porque es precisamente a los cristianos a quienes conviene desentumecerse y aceptarse hombres nuevos. Pues bien, mientras las estadísticas hablan de más y más conversiones oficiales, vemos a nuestro alrededor abrirse las flores de la misericordia divina en forma de cambios de rumbo en vidas que nos son caras: amigos, allegados a quienes ha alcanzado la luz y han aceptado la cruz, la pugna. Se han impuesto de su valor de hombres nuevos.

* ¿En qué se distingue el hombre nuevo? El hombre nuevo es un espejo jaulino, lleva en la mirada la fe, en el pecho la esperanza, en las manos la caridad. Cuida muy poco de los bizantinismos: quiere las cosas claras. Tiene la divina prisa de Teresa, de Ignacio, de Juana de Arco, del propio Pablo. Ama la autenticidad, aborrece la tiranía y estima que a Dios se le alcanza en plenitud sólo cuando no se dimite de la propia esencia.

El hombre nuevo sabe del espinoso gozo de la Navidad y de la casi salvaje alegría de la Resurrección, exultante, definitiva, canto de plena justificación y liberación. Porque, si algo nos sostiene en amor y en esperanza, es la Comunión de los Santos, piedra angular de nuestra hermandad con Dios y con los hombres.

J. VALLVERDU A.